

Domingo Melfi

EN LAS RIBERAS DEL PARANÁ-GUAZÚ

(PEQUEÑAS NOTAS DE VIAJE).

II

LA noche se había condensado ya sobre el vasto estuario del Paraná-Guazú. El barco enfilaba en silencio hacia la ribera izquierda y su leve trepidación semejaba el palpitar de un corazón cargado de esperanza. Las riberas todavía aprisionaban la marcha lenta del barco. Eran riberas llenas de luminarias. La gigantesca ciudad que acabábamos de abandonar aún estrechaba la ría magnífica. Dominaba la noche con el resplandor de sus estrías de luces. Los anuncios giraban alejándose en lo profundo de la tiniebla. Goteaban sus grumos amarillos, rojos y azules sobre las calles de las cuales habíamos desprendido nuestros pies aventureros y curiosos.

Nos deslizábamos en silencio sobre el agua espesa y sorda, con una extraña sensación de profundidad. Dejábamos atrás barcos iluminados o barcos oscuros que cabeceaban levemente en la soledad. Algunos daban la sensación de los barcos abandonados después de colosales naufragios. Nada vital, nada humano vibraba o se movía sobre la cubierta ceñida

de horizonte. En otros cantaba la vida plena de alta mar. Resonaban voces rápidas, interjecciones para nosotros incomprensibles. Detrás de los vidrios de los camarotes se veían moverse algunas sombras escurridizas. Nosotros íbamos dejando todo atrás como si huyéramos de la afanosa inquietud del puerto. Todas las luces, las de la ciudad como las que volcaba el cielo, oscilaban como estremecidas por la ráfaga de un viento glacial.

A medida que el barco avanzaba, la noche se hacía más espesa y profunda. Delante del barco se estrechaba el horizonte plumizo. Hacia popa el resplandor de la ciudad elevaba contra el cielo renegrado, su vibración cárdena y sangrienta. Se hubiera dicho que un incendio colosal reducía a cenizas las dársenas que hacía poco habíamos abandonado y los barrios inmediatos al puerto en los cuales una multitud rugiente se movía en un torbellino de sombras, de luces, de cantos y de resoplidos.

El Paraná-Guazú impresionaba como un mar. Pero más que un mar parecía como si América o una parte de América hubiera convertido su grandeza en una corriente densa e impetuosa. El Paraná-Guazú venía del corazón de América virgen. Su agua bronceada parecía llevar en su seno la disolución de todos los gérmenes prodigiosos de la selva, la trasudación de los metales ricos y codiciados desde antiguo, la pujanza de las razas sombrías y errantes que se habían estrellado en los cañaverales de la orilla asechando las primeras expediciones de los conquistadores. De allí partieron las flechas vivas y vertiginosas que fueron a sepultar su punta mortal en el cuello de los aventureros.

Ahora el gran estuario estaba ya dominado, esclavizado, vencido por la civilización. Del antiguo pirata que exploró sus orillas y buscó en sus ensenadas el abrigo para defenderse de las tormentas o

para huir de los más fieros y audaces o para preparar las nuevas expediciones por la costa de la América atlántica, no quedaba sino este pirata moderno, con patente y matrícula de todas las naciones del orbe. El antiguo palo de trinquete, como la vela desgarrada por los vientos agrios y salobres del océano, se había mudado en la larga y fina antena que erguía en medio de la cubierta, la punta alta de la seguridad y de la esperanza. El puente de madera sobre el cual el fanal ardía como una pupila sanguinolenta y afebrada en las noches salvajes de la piratería, por la complicada maquinaria que alineaba sus tuercas de níquel y sus ruedecillas de metal, en el fondo de la caseta del capitán. Sobre ambas orillas se extendía la poblada y el caserío. La civilización ensanchaba su fuerza y su dominación. Ciudades amplias y rumorosas habían sucedido a la chata capital del virreinato del Plata y al cuadrilátero de piedra y hierro de la ciudad militar, punto de avanzada en el ancho río tumultuario, de los conquistadores, y hacia la que nos llevaba esa noche el pequeño barco lujoso de la carrera.

La ribera derecha de la cual nos alejábamos cada vez más, vivía por la luz intermitente de los faros y de las boyas. Sus gotas de luz vacilaban sobre las olas, parpadeaban en la sombra y parecían en cada minuto sumergirse en el agua para reaparecer chorreando como algas luminosas. Una mano invisible parecía ir entregando, cada cierto tiempo a otra mano no menos invisible, la movible estrella de luz con la cual se fijaba la ruta de los barcos, en la noche ya cerrada.



La soledad en que nos habíamos sumergido, apoyados en la borda sobre el agua movible, con la vista tendida hacia un mundo desconocido, hacía pro-

picio todo goce de la evocación. No podíamos desentendernos de la tierra que habíamos dejado detrás de las altas y lejanas montañas nevadas, muy en lo hondo del valle, lejos de los sinuosos caminos y las ásperas risquerías que dejaban escapar del corazón endurecido, blancos torrentes de espuma. Al cruzar sus cajones imponentes, precipitaban desde los altos de los murallones, sobre el estrecho cajón, sus hilos de nieve líquida. Entre las hoscas serranías cubiertas de nieve, abrían su esmeralda los pequeños lagos dormidos en su fría concha de piedra. Los senderos grises iban rastreando la falda de las escarpas. Agujereaban el macizo o bien se estrellaban como deshechos por el choque en los bastiones altos y abruptos. Luego reaparecían en otros valles estrechados entre dos altas cumbres ciclópeas igual que las serpientes del valle central que arrastran a lo largo de las pircas de piedra, sus brillantes escamas.

Los ríos rezongaban en los filos dentados de la sierra. Ríos turbulentos, de enrojecida superficie o bien ríos que aullaban al desgarrarse entre los estrechos desfiladeros. Llenaban el oprimido cajón con la violencia de sus ásperas voces quejumbrosas. Se cubrían de espumarajos blancos y forcejeaban como animales heridos en el fondo de sus alveos de piedra. A veces se encalmaban en la serena actitud de un ensueño, de una espera anhelante, embriagándose con la luminosa azulosidad del cielo, como si quisieran reflejar un momento los albos conos de nieve, enrojecidos por el sol, y luego emprendían otra vez con airado clamor, su rápido descenso. Así evocábamos los ríos de la tierra distante. Otros ríos finos y azules serpenteaban por los valles. En sus orillas crecían los sauces o se inmovilizaban las chozas campesinas a la sombra de las higueras y de los álamos. Encima de las colinas rodeadas por paños de viña verde, en el amparo de los arbolados, solían verse

los muros de adobe de la casa campera. Desde allí dominaban los hombres todo el ancho de la heredad humilde. Trigales de oro amarillaban entre los cerros. Caminos blancos y polvorientos trazaban su línea sinuosa a la orilla de los esteros. La tierra tenía algo de la sombra apacible y hosca de la montaña.

Entre tanto, en medio de nuestra evocación, el cósmico Paraná-Guazú se deshacía contra los flancos del barco. Del fondo del agua espumosa e hirviente parecían brotar peces luminosos que huían a perderse arrastrados por la corriente hacia la popa del barco. Todavía divisábamos en la sombra, lejos de nosotros, las luces de los faros que perforaban la tiniebla. Hacían señales misteriosas, untaban de fulgencias la lisa masa de agua y arrojaban sobre la curva apenas diseñada del horizonte, un temblor imperceptible como un estremecimiento de la noche. Ya no era ese río grande como mar, el *infierno de los marinos*. Venía este océano rodante del hervidero pasional de América. Atravesaba zonas y climas diversos. Se interponía entre las ciudades rivales del virreinato. Arrastraba todo el germen de la vida heroica y brutal de las orillas, pobladas en otro tiempo por «querandíes y charrúas». En sus oleajes y marejadas flotaban los perfumes agrios y letárgicos de las landas que oprimía la selva. Discos y lentejuelas de oro, espejeaban sobre las pesadas masas de agua. El fondo del corazón de América se vaciaba en este caudal de bronce, en esta inmensa arteria cordial que recibía desde el océano la sugestión y el latido del pulso de Europa, para internarlo en las regiones inmóviles de la selva y del llano.



Nuestros ríos bramaban en turbias y fecundas torrenteras. Pasaban rozando las tierras de labor y

daban al paisaje un encanto pastoril de viñeta labrada por hirsutos artistas primitivos. Sus riberas estaban pobladas de pájaros cantores, amigos del hombre, o de pequeños animalillos roedores que carcomían los troncos nuevos. Atravesaban el valle fértil ondulaban entre los cerros, se remansaban anchas y transparentes ensenadas, dormidas en la tarde y se volcaban luego en amplias y deleitosas embocaduras, en lo íntimo de un mar hirviente de espumas. No infundían temor sino en los estíos con el deshielo o en el tiempo de los inviernos crudos y lluviosos. Su caudal pasaba como en una fiesta. Sobre el movable espejo del agua, flotaban ramas floridas o viejos maderos de troncos desplomados desde el borde de los barrancos. El río tenía algo del alma encajonada del país. Algo de su diafanidad simple y de su turbulencia airada, pero fugaz. Sólo algunos grandes ríos se llenaban de niebla y rugían en la noche, en el árido silencio de la hondonada.

En cambio, este poderoso caudal de agua impresionaba tanto como la vegetación insidiosa de sus orillas que poblaban el curso superior. Nada se sabía de su lecho misterioso. Debajo del sólido retorcimiento del agua, vivía la vigilante sospecha del peligro. Las riberas desaparecían en el infinito como la pampa negadas a todo sentido de limitación. Era un rodar lento, taciturno, sombrío. La selva había impreso en su agua fangosa la expectante madurez de un mundo afiebrado e impresionante. Su superficie podía resistir los barcos de gran calado, y así la grandeza del océano penetraba sin dominarla la grandeza del río monstruoso. Al mirarlo se creía estar sobre el mar. Todo en él era vasto y excitante. El continente sin cordilleras de ese lado, había permitido las grandes grietas especie de ventiladeros por los cuales la vida interna del bosque y de la llanada salían a recoger el aire violento del mar libre.

Nuestros ríos se torturaban en las montañas. Se afinaban para deslizarse por los pasos, silvaban como nervios impacientes, se henchían de torbellinos en lo más alto de los hontanares, se embriagaban de perfumes de canelos, de boldos y de peumos. Eran verdes como la montaña, sutiles como las culebras, diáfanos y limpios del maleficio de las selvas. Sobre su agua ondulante navegaban pequeños barcos o livianas lanchas. Las piedras de su lecho podían mirarse lisas y cubiertas de líquenes de color de esmeralda. No atemorizaban. Se dejaban cruzar por los vados y sólo en las crecidas voraces, el hombre temblaba con el furioso caudal de sus aguas enfosquecidas. Las regiones de los ríos sucios se extendían muy al extremo sur de la landa estrecha. El valle central estaba dominado por la nervadura azul sobre un eterno verdor de pastos y de bosques.

El hombre había vivido al amparo del alma generosa del río, desangrada en infinitos caños, con los cuales zonas áridas habían sido fecundadas. Tan milagrosa parecía su agua movible, que por ella se peleaban a muerte, en los tranques, los hombres de una misma región. Partidas de inquilinos con el amo a la cabeza, solían cruzar los caminos y potreros para ir, como en una guerra, a deshacer los terraplenes con los cuales el enemigo hurtaba para sus predios la fecunda vida del río. Estos ríos hirvientes tenían la historia plantada en sus orillas. A veces de los ríos más hondos, cruzaba apenas el valle, camino de la desembocadura, un hilillo escuálido y vergonzante que modulaba bajo los puentes de hierro, palabrejas bulliciosas. Su ancho lecho de piedras aparecía vacío del torrente. Ondulando entre los pedruzcos, como una sierpe, pasaba el derretido cristal azul, retrasándose en los remansos en los cuales por el estío, sumergían sus cuerpecillos de greda los muchachos de la vecindad. Ríos vencidos, ríos de familiaridad y de jolgorio. Ríos

de amigable recompensa, dignos de esa alma paciente y resignada que poblaba sus orillas boscosas.

Y ahora navegábamos sobre el río de la otra banda, sobre el río de las anchas llanadas, sobre el agua alucinante del mar que venía del granítico y soberbio corazón de la América aun no dominado ni domesticado por la civilización.



Habíamos penetrado en Montevideo en un amanecer luminoso. El sol comenzaba a untar de oro las altas torres y perfilaba sobre un cielo azul el cono del cerro que Díaz de Solís había visto en 1516 con algunas hojas de árboles en su cúspide, mecidas por el viento. El «virazón» del estuario comenzaba a soplar. Más tarde deberíamos oírlo gemir en los patios de luz de los edificios de la ciudad y correr desahogado por las calles agitando como plumeros verdes sobre la acera, los árboles que llenan sus vías. El antiguo fuerte se había convertido en una ciudad de alto esplendor, sin la impetuosa vivacidad de Buenos Aires. Todo en ella fulgía, como si la lumbre del sol extendiera su oro por todos los rincones. Encima de la bahía ancha y acogedora, circuída por las dársenas y estrechada por los laberintos de calles de sus barrios comerciales y de marineros, el sol derramaba el oro vivo de sus rayos y el estuario semejava una cuenca azul, cubierta de barcos y de lanchones.

La ciudad extendía su grandeza material en largas barriadas. Era la ciudad de aluvión, nacida a la sombra de la caserna y del fuerte. Menos amplia que la capital de la pampa, dominada aquella por la llanura y cerrada esta como antaño, al dominio arrollador de la extensión desértica. En Buenos Aires sentíamos la corriente fulgurante de la pampa, vaciándose por sus calles y avenidas. Se hubiera dicho

que la pampa tenía ahí su reposo y su término. Creció aquella sede del virreinato sin oposición al desierto. Esta ciudad de la ribera izquierda, se había cerrado desde su nacimiento al contacto con la llanura. Había estado en perpetua disputa con el charrúa primero y luego con el gaucho, que iba a estrechar su fogoso alazán en la base misma de las fortificaciones de hierro y piedra.


Tenía ya la ciudad en el siglo pasado la estirpe de la ciudad europea. Estaba en pugna con la campaña que representaba la barbarie. De allí iba a derivar todo el agrio conflicto que sacudió a la Banda Oriental durante casi medio siglo. No podía ser la llanura para la ciudad, el término natural de la nación, a pesar de que la nación era la pampa y el gaucho era la suprema expresión de la nacionalidad. Cuando Artigas levantaba la masa rural, y arrastraba como en un pampero las rancherías y tolderías del interior y a su conjuro imperioso brotaban de la desierta soledad, los grandes grupos de gauchos con sus perros, caballos y útiles de labranza para correr detrás del gaucho típico, señor y conductor de hombres, no hacía más que levantar el señorío indisputable de la campaña contra el señor urbano que doctorizaba y pronunciaba bellos discursos.

La vida gaucha, la existencia aventurera y peligrosa del matrero, del contrabandista, del cimarrón habían dado a ese pueblo un sentido brutal del coraje y del denuedo. El gauchaje creó la violencia y el desdén de la vida, puesto que la vida estaba a merced de la pampa en el peligro de sus soledades, en el taciturno silencio de sus cuchillas y de sus bosques del norte a donde iba a recluirse el gaucho perseguido por los soldados españoles. En un país en que las yeguas y vacadas salvajes dominaban el territorio, convirtiendo la tierra en un clamor de pezuñas, el gaucho había aprendido las artes de hacer

de su existencia una aventura continua. Allí había aprendido a dominar no sólo la extensión esteparia con la veloz flecha de su caballo sino a dominar al hombre en la única ley del coraje y del valor personal y a la bestia selvática con la doma, el lazo y la boleadora. Nada de la campaña era ajeno al señorío del gaucho. Todo lo que en ella crecía y fructificaba era de su pertenencia. La vida libre abría horizontes inesperados a su esperanza y si alguna limitación se oponía a su enérgica voluntad no era otra que la del caudillo, nacido de su propio seno, árbitro de vidas y haciendas, señor poderoso al cual se le rendía la masa entera. El caudillo personificaba en la pampa el valor, la audacia, la inteligencia, la rapidez, la decisión y el triunfo. Seguirlo era rumbear por el verdadero sendero. Serranías, montes, selvas, cuchillas, ríos y pulperías, arrojaban de lo profundo de su entraña, hombres corajudos, al solo acento ronco de la voz que ordenaba ir hasta la muerte. La pulpería había sido el centro de la vida campera, la asociación para los hombres, el refugio y la parada entre una y otra hazaña. Allí concentraba la soledad pampera el esfuerzo y la pujanza. Allí aprendía el gauchaje la lección de fortaleza, porque la pulpería era recuento y comienzo de la leyenda, romanticismo y coraje, valor y peligro. El desierto pastoril estrechaba por todas partes el núcleo hospitalario en el cual se tejía la urdimbre hazañosa de de esta raza errante y romántica. Cuando la policía o el soldado que representaba la ley de la ciudad, la para el hombre de la campaña, abominable ley urbana, se aproximaba hasta el lugar del reposo, el gaucho si estaba en condiciones de enfrentarse saltaba sobre el representante de la ley española para hundirle su facón en la entraña. Si no podía dominarlo huía a través de la alucinante soledad, trasponía las cuchillas, se internaba en el laberinto inextri-

cable de la selva que sólo él conocía y desaparecía como tragado por la ramazón. En el fondo de la selva, tapiaba luego las picadas y deslizándose como un jaguareté iba a reunirse con los otros gauchos matreros en torno a la lumbre del fogón que ardía bajo los ramajes, en un hoyo profundo. Cuando el hambre apretaba salía de su escondite como un tigre, y laceaba en el primer piño de animales el novillo más gordo. Y allí mismo lo cuereaba con la ágil y rápida maestría de un baqueano y abandonando los huesos al viento de la llanada se iba con su presa hacia la selva.

No había en este gauchaje otra concepción de la ley que la de la vida libre. El caudillo pequeño obedecía al más fuerte y todos al caudillo más alto. Pero era siempre la soledad de la pampa la que imponía su ley, porque en esa soledad salvaje, sin alambradas, sin límites, sin rigores extraños a la ley impuesta por el valor, sólo la del más altivo y dominador y capaz, dominaba. La estancia que al fin fija los términos de la limitación es asimismo una emanación de la pampa. Sólo que en ella domina el caudillo. En cambio la ciudad no logra dominar la campaña, con los elementos de la fuerza. Sólo cuando el caudillo penetra en la ciudad o es absorbido por ella, por su política, por su emanación cortesana, comienza la derrota del caudillaje. Para este fenómeno se precisan siglos de luchas, siglos de crueles batallas entre la ciudad y la campaña.



Una noche estuvimos contemplando envueltos en la soledad, mientras de las calles vecinas desembo-caba en el rectángulo de la vieja plaza de la Independencia, el rumor de la vida nocturna encerrada en los cabarets y las «boittes» que se han multipli-

cado como emanaciones de la civilización, la colosal prestancia ecuestre del gaucho Artigas. Unos portales arcaicos cerraban el amplio espacio por casi todos sus costados y en algunos puntos, callejas oscuras se abrían hacia los lugares de donde llegaba hasta nuestros oídos el excitante misterio de la música sensual de las orquestas. En una de las esquinas, se levantaba la alta y churrigueresca torre de un rascacielo, como una personificación de la ciudad moderna.

Artigas había luchado contra la ciudad y ahora erguía su figura arrogante sobre el ancho pedestal de mármol, oprimido por la edificación moderna e iluminado su potro por los reflectores cuya luz indirecta daban a su figura ecuestre una luminosidad como de leyenda. Artigas vestía su poncho de estirpe chilena y su perfil aquilino, su cabeza descubierta, su mano que sostenía la brida del caballo, su bota de cuero de potro, imprimían a su figura dominante la expresión voluntariosa del carácter aventurero y taciturno que singularizó sus campañas célebres de otro tiempo. La ciudad dominaba ahora la vasta estepa pastoril. La estancia había subdividido la llanura y el bronce no era más que un recuerdo recordándose sobre el cielo estrellado de la ciudad. Al atardecer desfilaban a los lados de la estatua los grupos de mujeres bellísimas que iban de la Avenida 18 de Julio a las calles comerciales del Rincón y Sarandí. Artigas miraba hacia la ciudad como para galvanizarla. Su caballo tenía la actitud de la bestia nerviosa con una mano levantada y el hocico bajo, en la postura del que espera sólo un estremecimiento de la rienda para echar a galopar. A cara descubierta, Artigas parecía esperar que detrás de su arrogancia de domador y laceador en los antiguos pagos de Casupá, la masa febril se apretujara de nuevo en un rumor de marea y de esperanza, para llevarla otra vez, en


la voluntad de tormenta pampera del «éxodo» hacia las tierras tradicionales del interior en donde debía germinar el espíritu de la nacionalidad. Sólo que la ciudad estaba destinada a vencer y a imponer su señorío a la campaña. Así crecieron estos países, así fueron entregados al caudillaje político de la ciudad sin que éstas comprendieran jamás el espíritu de la tierra que se extendía detrás de sus fortalezas y bastiones.

Y mientras evocábamos el «éxodo», cuyas escenas están grabadas en los costados del monumento, pensábamos en nuestra tierra de rinconadas, tan difícil para la explosión del elemento rural o para la violencia arrolladora de la masa campesina que nunca tuvo el coraje de los conjuntos. Esta masa pobló las hondonadas y los valles, pero jamás influyó con alguna determinación en la política bizantina de la capital. No luchó contra la capital sino en la voluntad individualista de los caciques y terratenientes a cuyo destino entregó la suerte de su existencia. No tuvo un pasado heroico, sino en la guerra. No lo tuvo en las jornadas de la paz, porque la encomienda y el coloniaje, desde antiguo, la sometieron a la servidumbre. Sólo el aborígen, acorralado más allá de las riberas de un río, movió guerra sin cuartel al español para ser dominado casi en totalidad. El mestizo fué argollado por las leyes severas e implacables de Indias. Se confabularon, además, el paisaje, la resquebrajadura de la tierra, la escoriación y la arruga de la montaña. Debajo de su poncho misérrimo y defendido del pedruzco de los caminos por la ojota de cuero, vagó a lo largo de sus sendas cruzando los desfiladeros de la cordillera, sin saber qué había en su oscuro destino de abandonado. De una hacienda salía para otra, de una posada se encaminaba a otra. Fatalista y corajudo, dejaba perderse su virilidad sin que nada de ella fuera salva-

da. Tan pronto se le veía en las secas regiones del norte agujereando la tierra salitrosa, como en las regiones del sur, inclinado sobre trigales amarillos. Era peón de labranza, caminero, soldado en el ejército regular, obrero en las ciudades, marino y pescador. Pero no tenía la voluntad envolvente de la disciplina que permite seguir la fiera voluntad de un caudillo. No temía la voracidad de la ciudad cuyo doctor no le inquietaba. El jurista de la ciudad era el amo, o sea el patrón de la hacienda o del fundo. A veces se encariñaba con la heredad de los viejos amos y allí vivía, procreaba y formaba los descendientes que a su vez servían a los descendientes del antiguo señor de los antepasados. La cadena continuaba robusteciendo la antigua familiaridad. No se sentía por esto, la servidumbre. No imponía el campo la sensación continua de la aventura. No había llanadas que atrajeran como un espejismo su indómita voluntad, sin romanticismo.

La tierra había formado un hombre de repechadas. Pero no había formado un hombre de horizonte. No podía crearlo, porque para ello se interponía la quebrada, el valle estrecho, la montaña fértil, el camino de curvas, el cerro montuoso. No había combatido contra la bestia salvaje porque los bosques no asilaban sino escasas alimañas. No había aprendido el arte de la lazada sino en los rodeos, o en la «aparta» en el semicírculo restringido, no en la vastedad de la llanura. Se había formado así un tipo retraído, soñador sin espejismos, cachazudo, serio, taciturno, de sigilo y de voluntad tensa. Recorría largas distancias, sólo, con la compañía del perrillo que trotaba detrás o corría delante, volviendo su hocico cargado de ladridos, a cualquier ruido misterioso. Cuando la esperanza se le moría dentro del pecho, abandonaba el sitio en que vivía y se iba a recorrer otros parajes, para regresar un día, al mismo

sitio, vencido y tirillento o bien con el saco a la espalda hinchado de recado. Y como si nada hubiera ocurrido reanudaba la antigua existencia. El hombre vivía en dispersión en las regiones apartadas. Se hacía agricultor, minero, soldado, pescador, marino, según soplara el viento voltijeante de la fortuna. En la posada del recodo de un camino a donde como en la pulpería, acudía la peonada de la región, solían contarse hazañas de bandidos o de ladrones o bien, escalofriantes fantasías de ultra tumba. La tradición no había dado cuerpo a las aventuras de gran calibre. No existía el arquetipo que resumiera el valor, la temeridad, el duro coraje de un forjador de fulgurantes hazañas. Había, en cambio, en los tipos menores de la leyenda, el hombre astuto, cazurro, ducho en artimañas, andariego, mordaz, tortuoso para la aventura, valiente, frío y también derrochador, humanitario. El se ponía risueño frente a la muerte en las sangrientas jornadas de la guerra. Con su adusta burlería, hacía guiños al destino. Su puñal corvo, el corvo filudo y curvo, era el arma para la pelea astuta, para el cuerpo a cuerpo, para el golpe rápido, para liquidación instantánea, sin gestos amplios, sin la elocuencia casi retórica del facón. En cierto modo esa arma pequeña, tenía algo de la tierra. Como en ella había la quebrada, la ondulación del camino de montaña; la punta de la escarpa agresiva, el mango laboreado como un valle de rica fertilidad. Podía esconderse en cualquier parte del cuerpo. Era pérfido y traicionero. Pero en la lucha abierta salía noblemente como una voluntad llena de nervio y de decisión.



La noche del lado del Atlántico nos entregaba toda la sugestión de Europa. Sobre la vieja plaza en la cual se erguía Artigas, gaucho y conductor de

masas rurales, caudillo de la pampa, guerrero y domador evocábamos por una especie de contragolpe de la imaginación, lo que había sido y lo que éramos.

La extensión ilimitada de la libertad, la seguridad de una tierra fértil de ricos pastos que todo lo entregaba al que quisiera aprovecharla, la innumerable ternera que crecía lozana en sus llanos magníficos, la concepción de una vida en que la ley no ejercía imperio alguno, puesto que la pampa pertenecía al habitante o sea al gaucho; la voluntad sin obstáculos que la domeñaran, el dominio sobre leguas y leguas de tierras que eran de todos, como sus animales y sus frutos, la evidencia de que el señor de la ciudad sólo iba a la campaña para arrebatarse la tierra de todos, formaban los elementos profundos de la composición moral del gauchaje. Por eso la existencia cobró siempre la forma de una aventura. Y por eso pudo crecer allí el caudillo como expresión de la voluntad y de la fuerza de la tierra. De ella se levantó Artigas y detrás de Artigas, un día, en defensa de los fueros de la campaña, contra la ciudad europea llena de doctores que aspiraba a dominar la llanura, se concentró la masa de gauchos, de mestizos, de estancieros criollos, todos los cuales con sus caciques y peonadas, con sus bestias y sus aperos de labranza, galoparon día y noche como un viento arrastrando en pos de sí, a un grito de victoria, las rancherías y las tolderías, los caballos, las vacas, los perros cimarrones y las payadas, para ir a formar el campamento inmenso en la región del Ayuí, germen y concreción de la nacionalidad uruguaya, contra la dominación española. Ese movimiento admirable que llamaron el «éxodo», es decir la emigración en masa. en el cual rueda todo un pueblo rural detrás del caudillo, como una devastación fecunda, que arranca de su tierra y la abandona sin pena, a una oleada en que alternan ancianos,

mujeres, niños, perros, vacas, caballos, carretas, forma uno de los movimientos sociales más curiosos de la historia de América.

Se ve, pues, que la tierra dió el empuje a esa voluntad colectiva, y la llevó como un torbellino al campamento elegido para fundar la nacionalidad independiente. Esta acción de la masa, no se encuentra en el país de los cerros, porque la configuración del terreno, la historia y la tradición, llevaron al hombre por otro rumbo. Por instinto el hombre de la llanura temía al jurista de la ciudad. No podía entenderlo. Le producía la impresión de un jaguaeté sigiloso, su intrínquilis político. La artimaña era pérfida. En cambio este lado del Pacífico, formó conjuntamente con la complicidad de la tierra, un hombre de antemano dominado por la escritura y la ciencia del enredo. El oidor intrigaba en la ciudad, porque nada podía temer de una población indefensa, que la sierra acorralaba y la ley habían deshuesado y que carecía del instinto de la rebelión. La defensa debía surgir allá de una tierra libre. De una tierra en que la fertilidad no reconociera amos ni señores. La región de las sierras era dura para el trabajo. Nada se ofrecía sin esfuerzo, nada estaba al alcance de la mano: ni el fruto ni el animal que los otros cuereaban en cualquier anfractuosidad del terreno.

La ciudad en este lado dominaba simplemente porque la población rural no ofrecía resistencia. El soldado imponía rápidamente decisiones brutales. El castigo caía también implacable. Se formó así el hombre taciturno, el hombre que busca el subterfugio y la astucia para burlar la ley y aun el castigo. Las leyes de Indias dividieron y subdividieron la tierra del indio. La entregaron a los elegidos. La dieron en prenda de servicios. La obsequiaron como tributos de adhesión. Del clan araucano a la encomienda nada hay

que determine una protesta. Nada que signifique una rebeldía del despojado. Nada que haga pensar en que el pueblo aspira a exigir la reconsideración de injusticias. En adelante la taciturnidad, el rencor receloso, la protesta íntima, secreta, alimentada por siglos de pasividad irá hinchando la raíz oculta en la cual el odio satura e impregna con un zumo ácido, estas luchas sociales que el hombre moderno explota a su manera y el antiguo heredero de viejas tradiciones, apenas comprende.